



Manuel Segura

LA VIDA DE JESÚS Y SUS ENSEÑANZAS

Contadas con sencillez
y en lenguaje actual

Desclée De Brouwer

Manuel Segura

LA VIDA DE JESÚS
Y SUS ENSEÑANZAS

Desclée De Brouwer

© Manuel Segura, 2022

© Editorial Desclee De Brouwer S.A., 2022

Henao, 6 - 48009 - Bilbao

www.edesclee.com

info@edesclee.com

Facebook: EditorialDesclee

Twitter: @EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-330-3181-5

Depósito Legal: BI-0674-2022

Impresión: Grafo, S.A. - Basauri

Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

Introducción	9
El nacimiento y la infancia de Jesús	11
Los tres años de predicación de Jesús	31
Pasión y muerte de Jesús	145
Lunes santo	147
Martes santo	149
Miércoles santo	163
Jueves santo	165
Viernes santo	181
Primer día de la semana, después del sábado	195
Despedida	205

INTRODUCCIÓN

Querido lector, querida lectora:

quiero contarte la historia de Jesús, de modo sencillo, en lengua española actual, para que puedas leerla sin esfuerzo. Para esta historia usaré como base, naturalmente, lo que nos dicen los Cuatro Evangelios, pero añadiré lo que en los libros científicos se propone como notas al texto y también lo que sabemos por medio de otros libros que nos cuentan la historia de aquellos tiempos. Aquí encontrarás todo lo que enseñó Jesús y, como te digo, con un lenguaje actual, intentando traducir ideas, más que cada una de las palabras, pues creo que es más fiel traducir las ideas que traducir palabra por palabra lo que Él dijo. Este libro no es una “traducción oficial” de los Evangelios, sino una traducción sencilla con comentarios añadidos. Es un libro para adolescentes en sus escuelas y colegios y puede servir también a adultos y a mayores para meditar con paz las ideas de Jesús y su vida. Quiere ser un libro fácil de leer y que nos haga conocer mejor al Señor Jesús. Es un libro fácil y ameno, para leer unas páginas cada día y meditarlas. No es un libro científico, sino una ayuda sencilla y clara para entender bien los Evangelios.

Las palabras de Jesús, de María y de los ángeles las escribiré en *letra cursiva*, para que destaquen; las narraciones irán con letra ordinaria y mis explicaciones o notas irán en un tipo de letra diferente. Espero que te sea útil y agradable.

EL NACIMIENTO Y LA INFANCIA DE JESÚS

El pueblo de José y de María

Empezamos. Con nuestra imaginación nos trasladamos más de dos mil años atrás, a la tierra de Palestina, que está entre el Líbano, Siria, Jordania, Egipto y el mar Mediterráneo. En esa tierra hay un lago precioso llamado Lago de Genesaret o de Galilea y en el que nace el río Jordán, que va a desembocar en el Mar Muerto, un lago salado en el que no hay vida. Entre el lago de Galilea y el mar Mediterráneo hay un pueblecito muy chico, que en tiempos de Jesús tenía doscientos habitantes. El pueblo se llama Nazaret. Te digo todo esto por si te gusta la geografía y así te ayudo a imaginar que estás en ese país al ponerte a leer esta vida de Jesús.

Muy bien. Ya estamos en Nazaret, imaginando que vivimos allí hace dos mil años y que conocemos a todos los vecinos. En el pueblo no hay tiendas, cada uno compra lo que necesita a otro vecino que tenga esa fruta, ese pescado o ese pan. Hay varias casitas adosadas unas a otras, formando un gran cuadrilátero y dejando en el centro un patio que es de todos. En uno de esos patios, uno de los vecinos, José, tiene una carpintería muy sencilla, muy pobre, pero a la que acuden todos los vecinos cuando necesitan arreglos de puertas, de mesas o de cualquier

cosa, porque José, además de ser carpintero, también sabe un poco de albañilería y también entiende de las labores del campo.

Los padres de María

En Nazaret vive un matrimonio muy bueno y simpático, que se llaman Ana y Joaquín. Tienen un huerto pequeño del cual sacan lo esencial para comer y además echan horas en fincas más grandes, cuyos dueños les pagan los jornales de los días que trabajan por ellos. Son muy buenos con todos los niños del pueblo, a los que dan buenos consejos y mucho cariño y los niños los adoran a ellos. Joaquín y Ana tienen una hija que se llama María y es la niña más bonita, más buena y simpática que te puedas imaginar. Desde pequeña fue a la escuela del pueblo, que tenía un solo maestro para enseñar de todo: lengua, matemáticas, historia sagrada, geografía. Y en la sinagoga, que estaba en una ciudad muy cercana, llamada Cafarnaún, aprendió a conocer la Biblia, que así se llaman los libros sagrados que tienen los judíos y tenemos nosotros, donde se cuenta la historia del pueblo de Israel, es decir de los sucesores de Abrahám. Cuando estaba en la escuela, María quería a sus compañeros y los ayudaba a todos, tanto para aprender como para curarse una herida o arreglar una pelea. Todos la respetaban de niña y ahora, ya una mujer, la quieren, le cuentan sus penas, le piden ayuda. Y ella siempre responde con gracia, con alegría, sin darse importancia y sin vanagloriarse de ser la joven más guapa del pueblo y, según le decían muchos, "del mundo". Como te puedes imaginar, José el carpintero, desde niño, estaba superenamorado de María, que tenía 17 años, es decir 6 menos que él. Y a María le gustaba mucho José, siempre tan educado con los clientes, siempre tan honrado en los precios de sus trabajos, siempre tan varonil y religioso. Entre los judíos, los matrimonios los arreglaban siempre los padres, y aquí en Nazaret eran Ana y Joaquín quienes tenían que decidir con quién casaban a su maravillosa y bellísima hija. Pero captando, sin que los hijos les dijeran nada, que María y José estaban enamorados, decidieron casarlos y hacerlos felices.

La boda, sencilla y alegre, fue un acontecimiento en el pueblo. Según la costumbre judía, después de la boda los recién casados seguían viviendo durante veinte días con sus padres, para ultimar todos los detalles de su nueva casita. Y estando así las cosas, serenas y alegres, de pronto Dios intervino y no solo cambió la vida de todos los habitantes de Nazaret, sino que cambió la historia del mundo entero.

Viene un ángel del cielo

En efecto, uno de esos veinte días, cuando ya estaba el pueblo tranquilo y José y María vivían todavía en sus casas de solteros*, se encontraba esa tarde María sola en casa de sus padres, que habían salido a trabajar en el campo. Estaba rezando, dándole gracias a Dios de todo corazón por el marido tan maravilloso que le había dado. De pronto, la pequeña habitación se llenó de luz y entró un hombre joven, con un vestido blanco, luminoso, que saludó a María diciéndole:

Alégrate, porque eres muy querida del Señor y Él te ha elegido para algo muy grande.

María se quedó desconcertada. Por una parte, se dio cuenta de que le resultaba natural que un ángel viniera del cielo para decirle algo. Pero no entendió eso de que había sido elegida, ¿elegida para qué?

*No te asustes, María. Como te digo, el Señor te quiere muchísimo. Por eso ha decidido que tengas un hijo, que será el Mesías, el enviado de Dios que están esperando todos los judíos desde hace siglos. Le pondrás por nombre "Jesús".** Ese hijo tuyo será el más grande de los hombres y será un sucesor de David, el gran Rey. Y siendo rey, reinará en el mundo para siempre, porque su reinado no tendrá fin.*

Como hemos dicho, María todavía no estaba viviendo con José y además parece que había hecho una promesa a Dios de ser siempre

* No en la nueva que había construido José para ellos con madera, adobe y paja.

** Ya sabes que ese nombre significa "Salvador".

virgen. Eso no había sido tan frecuente entre los judíos como lo es ahora con las monjas y las religiosas, pero desde hacía más de un siglo se había ido introduciendo esa promesa de virginidad y es casi seguro que María la había prometido, porque si no, no hubiera dicho:

¿Cómo va a ser eso, si no tengo relaciones con ningún hombre?

Si no hubiera tenido ese voto, el ángel le habría dicho:

Pues espera unos días, hasta cuando ya vivas con tu marido.

En cambio, lo que le dijo fue que sería el Espíritu Santo, Dios mismo, quien haría que ese niño maravilloso se formara en las entrañas de María. Que Dios estaba decidido a salvar a los hombres y mujeres de este mundo y que había decidido que María fuera la madre de ese salvador.

Cuando María oyó lo que el ángel le decía, comprendiendo que era Dios quien se lo pedía, no dudó, no puso ningún inconveniente, ni siquiera pidió antes permiso a José, su marido, sino que respondió a Dios con toda su alma y todo su agradecimiento, diciendo:

Yo soy la esclava del Señor, que se cumpla en mí todo lo que me has dicho.

Entonces el ángel, que se llamaba Gabriel, se fue.

Las dudas de José

Al día siguiente, María salió de casa de sus padres, buscó a su marido y le contó todo lo que le había dicho el ángel de parte de Dios. Ella estaba llena de luz interior y le contó a José la maravillosa escena, con toda naturalidad.

Le diría más o menos esto: *Ya ves, con tantas mujeres buenas como ha habido y hay en Israel, Dios es tan bueno conmigo que, aunque yo no valga nada, se ha fijado en mí para ser la madre del Mesías, la madre del enviado de Dios para salvar a su pueblo.*

No me extraña nada, amor mío. Porque tú eres la mujer más buena y maravillosa que existe y que ha existido, diría José. Y añadió: Ahora quien tiene que hablar con Dios soy yo, porque si Él te elige para que seas de Él y nada más que de Él, yo tengo que retirarme, y dejarte completamente libre para que seas de Dios y hagas lo que Él te pide, sin que yo sea un estorbo.

Tú nunca serás un estorbo, José, cariño; al contrario, me darás fuerzas para cumplir todo lo que Dios me pida. Ante los ojos de todos, tú serás el padre del niño que ya vive en mis entrañas y nos protegerás al niño y a mí. Al menos, eso es lo que yo veo, pero dejemos que Dios nos hable.

Como dice el Evangelio, todavía no estaban viviendo juntos, sino María con sus padres Joaquín y Ana, mientras José seguía en su casa-carpintería, con sus padres. Y aquella noche, cansado del trabajo en la carpintería y temblando de amor y de miedo por lo que le había dicho María, el joven José estuvo rezando, hablando con Dios, más de una hora antes de dormirse. Le dijo a Dios que, si Él se lo pedía, estaba dispuesto a renunciar a María y dejarla libre para que pudiera hacer todo lo que Él, el Señor, le pidiera. Se acostó muy sereno y con mucha paz y en lo más intenso del sueño vio claramente a un ángel sonriente que le hablaba:

José, el Señor está profundamente conmovido y agradecido a ti, por tu generosidad al estar dispuesto a dejar a María enteramente para Él. Pero como ella te ha dicho, Dios te necesita para que la cuides a ella y a su niño, ese niño tan grande que va a cambiar el mundo. Sí, aunque parezca una exageración, la verdad es que Dios te necesita y debes responderle que sí, como ya ha hecho María. Así que no estés triste, ni preocupado, ni pensando en dejarla libre mediante el “libelo de repudio” que pueden dar los maridos israelitas a sus mujeres. Dentro de tres días se cumplen los 21 días desde vuestra boda y ya podréis empezar a vivir juntos. Vete con ella a la casita que has construido y hazla la mujer más feliz del mundo, ayudándole a cumplir todo lo que Dios le pida.

José comprendió perfectamente que el ángel le hablaba de parte de Dios y cuando despertó ya era otra persona: se sintió lleno de felicidad al pensar que iba a pasar toda su vida con María y, al mismo tiempo, se dejó llenar de una responsabilidad muy grande al comprender que su misión en esta vida ya sería siempre cuidar de María y de su hijo celestial.*

Isabel

A los pocos días María se mudó a la casita que José había construido para ellos. Eran muy pocas cosas las que tenía en la casa de sus padres: ropa, algunos instrumentos de cocina y algún adorno para la casa, y por tanto la mudanza fue muy fácil y rápida.

* Traduciendo al pie de la letra el Evangelio de Lucas, se dice, y la mayoría de la gente lo ha dicho, que José quedó sorprendido al ver que su mujer estaba embarazada y no entendiéndolo nada determinó dejarla libre, mediante el “libelo de repudio”, para que ella determinara lo que quería hacer con su vida. Pero modernamente, los comentaristas han investigado mucho en la lengua aramea, la que hablaban María y José y luego el mismo Jesús, y se sabe que esa lengua no tiene subjuntivo, sino solo indicativo. Por eso, parece que el ángel no le dijo a José: “no temas en recibir a tu esposa María, porque el hijo que tiene en su seno *ES* del Espíritu Santo”. Esto supondría que María no le había dicho nada a José de la Anunciación del ángel a ella y que José adivinó que María estaba embarazada cuando solo llevaba unos días así, cosa casi imposible. Por eso, los más grandes teólogos modernos, entre ellos el famoso Karl Rahner, dicen que lo que le dijo el ángel a José fue: “no temas en recibir a tu esposa María porque el hijo que tiene en su seno *SEA* del Espíritu Santo”. Es decir, José nunca dudó de la rectitud y santidad de María su mujer, sino que al ver que Dios la elegía para ser la madre del Mesías (porque ella se lo contó y él la creyó plenamente), el que sobraba era él, José, que no debía interferir de ninguna manera con los planes de Dios. Por eso, es muy probable que la traducción correcta de este episodio de “las dudas de José” sea la que damos aquí en el texto.

De lo primero que hablaron, cuando ya estuvieron instalados y tranquilos, fue de la conveniencia de que María fuera unas semanas a casa de su prima Isabel. El ángel le había dicho a María que su prima, a pesar de ser ya un poco mayor para tener hijos, estaba embarazada desde hacía seis meses. Y lo primero que pensó María fue que, ya en las últimas semanas de embarazo, Isabel necesitaría ayuda para el trabajo de tener limpia la casa, hacer la comida y cuidar a su esposo Zacarías, que también era ya mayor. Hay que saber que la casa de Isabel y de Zacarías estaba en la montaña y se necesitaban tres días para llegar a ella desde Nazaret. Pero en esa conversación con José, María, joven y fuerte, aseguró a su marido que, aunque ella estaba al principio de su embarazo, no le tenía ningún miedo a caminar esos tres días hasta la montaña, aprovechando la compañía de algún grupo de amigos que hicieran ese mismo viaje en aquellos mismos días. José le dio permiso, sabiendo que ella sería prudente y tendría cuidado con su salud, y unos días más tarde salió María camino de la montaña, acompañada y cuidada por un grupo de buenos amigos y amigas.

Cuando llegó a casa de su prima, le gritó desde la puerta:

Isabel ¿a que no adivinas quién viene a verte?

A Isabel le dio un salto el corazón, salió corriendo hacia la puerta, se abrazó estrechamente a su prima y, al separarse de ella radiante de alegría, le dijo:

“¡María! Bendita seas entre todas las mujeres y bendito el hijo que vas a tener. Ya sé, como todo Nazaret lo sabe, que vino un ángel a verte y que vas a ser la madre del Mesías: y ¿quién soy yo para que venga a verme la madre de mi Señor? Mira, al oír tu saludo desde la puerta, mi niño bailó de alegría en mis entrañas. Has hecho muy bien en creer al ángel y ya verás como se cumple todo lo que él te dijo”. Entonces María, llena de emoción y de alegría, dijo:

¡Qué grande eres, Señor! Ya ves la alegría que tengo de que tú seas nuestro salvador. Porque te has fijado en mí que no soy nada y desde

ahora todas las generaciones que vayan naciendo me dirán, como es verdad, que soy la mujer más dichosa del mundo. Me has hecho un favor inmenso, bendito seas, y tu misericordia conmigo y con todos los hombres y mujeres que existan seguirá tan grande para siempre. Tú desbaratas los planes de los soberbios y los derribas de sus tronos, mientras que levantas a los humildes y das comida abundante a los hambrientos y despachas a los ricos sin nada. Es lo que prometiste a Abrahám y a todos sus descendientes y tu lealtad nunca falla.

María se quedó en casa de Isabel tres meses, ayudándola con la limpieza de la casa y la comida de cada día, hasta que su prima dio a luz. Veamos lo que pasó entonces, al final de esos tres meses.

Nacimiento de Juan, el hijo de Isabel

Cuando a Isabel se le cumplió el tiempo del parto, María llevaba ya tres meses cuidándola y ayudándola en los trabajos de la casa. En aquellos tiempos, el parir un hijo se consideraba una cosa natural y no pedían la ayuda de ningún médico, sino de alguna mujer que entendiera, una especie de comadrona aficionada. Con su ayuda tenían al niño y al poco tiempo, a veces unas pocas horas, ya estaban haciendo su vida ordinaria en la casa. Isabel dio a luz a un hijo varón y todos los que vivían en aquel pueblo de la montaña fueron a verla para felicitarla, pues estaban maravillados de que hubiera tenido un hijo cuando ya no tenía edad para eso. El pueblo entero estaba contento y la casa de Isabel se llenó de vecinos alegres y habladores. El niño era nada menos que Juan el Bautista, el que anunció en el desierto la venida del Señor, a quien bautizó luego en el río Jordán, como veremos.

A los ocho días los hombres más importantes del pueblo fueron a casa de Isabel y se dispusieron a circuncidar al niño, que era la costumbre de los judíos para declarar que un niño pertenecía al pueblo de Israel, al pueblo de Dios. Además, era el momento en que le ponían nombre, como hacemos nosotros al bautizar. Los que iban a practicar

la circuncisión dijeron que le iban a poner por nombre Zacarías, como su padre. Pero Isabel los interrumpió y les dijo que el nombre de aquel niño sería Juan, porque un ángel que se había aparecido a Zacarías en el templo le dijo que así tendría que llamar a su hijo. Aquella aparición, ocurrida nueve meses antes, fue famosa porque el ángel le dijo a Zacarías que su mujer, a pesar de su edad, quedaría embarazada y que al hijo que naciera debían llamarlo Juan. La impresión de Zacarías al oír al ángel había sido tan fuerte, que se quedó mudo. Luego el mismo ángel se apareció a Isabel y le dijo que tendría un hijo y que debía llamarle Juan. Por eso ella interrumpió a los que iban a circuncidar al niño y querían ponerle de nombre Zacarías. Esos personajes, extrañados, preguntaron por señas al padre, que seguía sordo y mudo, qué nombre quería para su hijo. Él pidió una tablilla y escribió: "El nombre del niño es Juan". Todos gritaron de asombro, al ver que el padre le daba al niño el mismo nombre que había dado la madre. Y en medio de esa alegría, Zacarías recobró la voz y el oído y pronunció este himno tan hermoso:

Bendito sea el Señor, Dios de nuestro pueblo Israel.
Porque no se olvida de nosotros: quiere salvarnos
y ha hecho nacer un salvador en la casa de David, su amigo
como había prometido por medio de los santos profetas.
Ese salvador nos libraré de nuestros enemigos,
según la alianza que Dios hizo con nuestro padre Abrahám.
Y a ti Juan, hijo mío, te llamarán Profeta de Dios,
porque irás delante del Señor a preparar sus caminos,
anunciando que nuestros pecados serán perdonados
y que el Señor nos enviará una luz desde el cielo,
para iluminar a los que viven en tinieblas
y en sombras de muerte
y guiar nuestros pasos por el camino de la paz.

El edicto del Emperador

María se volvió a su casa de Nazaret después del nacimiento de Juan, su sobrino. Y cuando ya María y José estaban tranquilos en su casita, viendo con ternura cómo crecía el embarazo de ella a medida que pasaban los días, el Emperador romano César Augusto publicó un edicto ordenando que todo el mundo se empadronara en su lugar de origen. Y ponía una fecha tope, que coincidía con los últimos días de diciembre. José era de la familia de David y tenía que ir a Belén, el lugar de origen de su familia, junto con su mujer María. Seguramente, cuando José oyó al pregonero leyendo ese edicto en la plaza del pueblo, dejó lo que estaba trabajando en la carpintería y fue a donde estaba María, para comentarlo con ella.

“María, cariño, fíjate lo que acaba de publicar el Emperador romano. Nosotros no vamos a poder ir a Belén, porque precisamente en esos días es cuando te toca a ti dar a luz y no podemos andar de viaje. Lo malo es que, si no nos empadronamos, nos pondrán una multa muy gorda y seguramente nos cerrarán la carpintería para siempre”.

No te preocupes, José. Nos vamos en esos días a Belén y hacemos el empadronamiento. Como estaremos en casa de tus parientes en Jerusalén, no habrá problema: antes o después de que nazca el niño, yo puedo moverme para llegar a la oficina de los romanos.

“¿Estás segura cariño ¿No será demasiado duro para ti?”.

¡Que va! Todas las mujeres sanas están dispuestas a moverse a la hora o las dos horas del parto. No voy a ser yo más delicada.

“¡Qué alegría me das! ¡Qué peso me quitas de encima! Dentro de diez días nos vamos de viaje”.

Jesús nace en Belén y los pastores le adoran

De Nazaret a Belén hay una distancia de 120 kilómetros, unas 25 horas a pie, que se podían cubrir en dos días si se iba a buen paso, o en

tres si se iba con más tranquilidad. Naturalmente María, al final ya de su embarazo, iba montando un borrico, que podía ser de ellos o prestado por algún amigo o pariente. En el camino conversarían con la gente, comprarían lo poco que necesitaban para comer y hablarían alegremente entre ellos dos, la Virgen y José. La noche o noches que les tocaba pasar en medio del viaje, dormirían en algún establo o en cualquier rincón de la casa de algunos propietarios generosos que les permitirían descansar allí, viendo el embarazo de María. También rezarían por el camino, deseando el nacimiento de aquel niño maravilloso que María llevaba en su seno. Y tal vez cantarían el cántico que cantó la Virgen, el "Magnificat", cuando entró en casa de su prima Isabel. O los profundos y hermosos salmos judíos, que ellos dos se sabían de memoria.

Así llegaron a Belén, donde pensaban hospedarse en la casa de algún conocido o en la posada del pueblo. Pero la casa del conocido estaba de bote en bote, con toda la gente que había ido al empadronamiento. Y en la posada acampaban todos juntos en el gran patio: los viajeros y sus caballos, borricos o camellos. No era un buen sitio para dar a luz y María y José, aconsejados por algún alma buena que se les acercaría al llegar, cuando ya empezaba a atardecer, se fueron a una cueva cercana, que aquella noche estaba vacía, porque por lo visto habían trasladado a otra cueva a los tres o cuatro animales que solían dormir allí. José trabajaría como un loco para adecantar la cueva: barrerla, regarla, darle de comer al borrico, preparar algo de comer y agua de beber para ellos dos. Y por último, poner la paja más limpia y más bonita en el pesebre, para que María pudiera colocar allí a su hijo apenas naciera.

Todo salió muy bien. Ellos descansaron y comieron y, ya cerca de la medianoche, María dio a luz a su hijo, un niño precioso, sonriente, con ojos de una profundidad impresionante. Aquella noche, ni María ni José sabían todavía que aquel niño era la Segunda Persona de la Trinidad, el mismo Hijo del Padre Dios. Lo que sabían era que aquel niño, tan lleno de vida, era el Mesías que esperaban los judíos desde hacía siglos

para que los librara de todos sus enemigos. El hecho de que aquel niño era nada menos que el mismo Dios, lo supieron varios años más tarde, después de la resurrección de Jesús. Aquella noche, cuando miraban al niño con inmenso amor, cuando se lo pasaban el uno al otro para abrazarlo y besarlo, después que María lo hubiera envuelto en pañales y le hubiera dado el pecho para alimentarlo, oyeron risas, palabras, cantos que se acercaban a la cueva. Era un grupo de pastores que estaban guardando sus ovejas aquella noche y habían visto, llenos de miedo, una preciosa e intensa luz en el cielo y habían oído a un ángel que se acercó a ellos y les dijo: *No tengáis miedo. Os doy una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo. Hoy os ha nacido en la ciudad de David, en Belén, el Salvador, el Mesías, el Señor. Id a verlo: el niño está envuelto en pañales y acostado en un pesebre.* Cuando el ángel terminó de hablar, se le juntó un gran grupo de ángeles que cantaban: *Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres a quienes ama el Señor.* Aquella luz y aquellos cantos de ángeles fueron lo que dijo Dios, con mucha sencillez en la noche maravillosa del nacimiento como hombre de su Hijo.

Los pastores, entusiasmados, se dijeron: vamos a Belén, para ver lo que nos ha comunicado el Señor. Se fueron todos muy de prisa y en la cueva que antes estaba vacía encontraron a María, a José y al Niño acostado en el pesebre. Contaron lo que les había dicho el ángel y María y José se asombraban al oírlos. Y María guardaba en su corazón todo lo que decían.

Después de un buen rato, los pastores, aunque estaban muy a gusto en la cueva, se volvieron, porque tenían que vigilar durante la noche a sus ovejas.

Le ponen nombre al Niño y se escuchan dos profecías

Parece que María y José no se volvieron inmediatamente a Nazaret, sino que se quedaron unos días en Belén, para que María descansara y para ir al Templo de Jerusalén a los ocho días, a ponerle nombre a su Niño.

Pasados esos ocho días, le pusieron al Niño el nombre de Jesús, como había ordenado el ángel Gabriel cuando anunció a María que iba a tener un hijo maravilloso. Y, según mandaba la Ley de los judíos, como el Niño era el primero o primogénito, lo llevaron al templo para entregárselo al Señor y luego rescatarlo, entregando como ofrenda un par de tórtolas o dos pichones*. Aquel día que fueron al templo, estaba allí un hombre ya mayor y muy bueno, llamado Simeón, esperando la llegada del Mesías.**

Pues bien, como digo, Simeón era de los que esperaban ya al Mesías uno de aquellos años. Por eso iba casi todos los días al Templo, para rezar porque el Mesías viniera pronto y para encontrarse con él si algún día aparecía en la tierra. Y precisamente aquel día en que María y José llevaron al Niño al templo, Simeón estaba allí, esperando que se cumpliera una convicción profunda que el Espíritu Santo le había confiado en su corazón, de que tenía que ver al Mesías antes de que él, Simeón, muriera. Muy bien, allí a la entrada del Templo estaba Simeón, rezando y mirando a todos los que entraban, cuando de pronto, con un dulce sobresalto, vio a María y José que entraban en el Templo con el Niño en brazos. Los saludó con todo respeto y les pidió que le dejaran tener al niño en sus brazos, y cuando lo tuvo, se dirigió a Dios diciendo:

“Ahora Señor puedes dejar que yo me muera en paz, porque ya he visto al Salvador que nos envías. Luz para el mundo entero y gloria de tu pueblo, Israel”.

* Eso era lo que tenían que entregar los pobres; los ricos tenían que rescatar con la entrega de ovejas.

** El profeta Daniel había dicho que 70 semanas de años después, vendría el Mesías, el “Hijo del Hombre”, desde el cielo. Pues bien, 70 semanas de años son 490 años, que se cumplían aquel año en que nació Jesús en Belén. Por eso, aquellos mismos años en que Jesús predicó, fue crucificado y resucitó, hubo varios que se autonombraron el Mesías: reunían un grupo de seguidores y se enfrentaban con los romanos: ese era el Mesías que esperaban los judíos, un Mesías guerrero y violento. Naturalmente los romanos acabaron con aquellos grupos con facilidad, matándolos a todos.

Entonces se dirigió a María y José, les devolvió el Niño y profetizó a María que una espada de dolor le atravesaría el corazón, porque aquel Niño sería muy querido por muchos, pero rechazado por otros, que no querrían admitirlo como Salvador.

Adoración de los Magos, Muerte de los inocentes, Huida a Egipto

Después del nacimiento del señor en la cueva de Belén, los Evangelistas nos cuentan, como históricos, tres sucesos sorprendentes. El primero es que estando María, José y el niño todavía en Jerusalén, al parecer en casa de unos parientes, se presentó en el pueblo una caravana de dromedarios y caballos, montados por hombres vestidos con trajes lujosos, trajes orientales muy llamativos. Al frente de la caravana venían tres señores muy inteligentes que, estudiando las estrellas en su patria, vieron un día una estrella nueva que les llamó mucho la atención. Como eran intelectuales, conocían bien la Biblia de los judíos y sabían que en esa Biblia había una profecía que decía que un día aparecería en el cielo una estrella nueva para anunciar el nacimiento del Mesías, el Rey de los judíos. Por eso, cuando vieron la estrella, organizaron una caravana y se pusieron en marcha hacia Palestina, para conocer a ese Rey que había nacido. Cuenta el Evangelio de san Mateo que fueron a la casa donde estaba el Niño y lo adoraron y le regalaron oro, incienso y mirra. El Rey Herodes estaba alerta e inquieto y había pedido a esos tres sabios que le dijeran donde estaba el rey de los judíos, para ir él, Herodes, a adorarlo. Pero ellos oyeron decir a los intelectuales judíos que lo que quería era matar a ese niño que amenazaba con quitarle el trono, así que se volvieron a su tierra sin hablar con él. Entonces Herodes, para asegurarse, mandó matar a todos los niños nacidos últimamente en aquella zona y María, José y el niño no volvieron a Nazaret, sino que huyeron a Egipto. Solo regresaron a Nazaret cuando se supo de la muerte de Herodes.

Pues bien, los expertos actuales en los Evangelios creen que los Magos de Oriente, la muerte de los niños inocentes y la huida a Egipto